

5. Algunas claves para una lectura ideológica del texto literario



MARIA AYETE GIL*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.271.05>

Resumen

Partiendo de la noción marxista de ideología y, por lo tanto, considerando la naturaleza ideológica de todo discurso, este capítulo tiene como objetivo explicitar las claves para leer los artefactos literarios como productos ideológicos, es decir, como herramientas de reproducción ideológica. Tras asentar unas bases teóricas centradas en el concepto de *inconsciente ideológico* de Juan Carlos Rodríguez, el texto ejemplifica la praxis de este tipo de lectura, una puesta a prueba que se realiza, aunque brevemente, analizando ideológicamente una novela española publicada en el año 2024.

Palabras clave: *Ideología, inconsciente ideológico, literatura española, La seca.*

Introducción

Desde que en 1801 el aristócrata francés Destutt de Tracy empleara por primera vez la noción de “ideología” como estudio de las ideas y de su formación, al término no han dejado de sumársele acepciones.¹ Dada esta multiplicidad, de la que es fácil que se deriven confusiones u oscilaciones en su

* Doctora en Literatura Española. Contratada posdoctoral Juan de la Cierva en la Universidad de Alcalá, España. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6638-3281>

¹ En *Ideología. Una introducción*, Terry Eagleton cifra en dieciséis las definiciones empleadas actualmente del término (1991, pp. 19-20).

significado, resulta obligatorio explicitar —aunque sea una labor pocas veces acometida en la crítica actual— de qué hablamos cuando hablamos de ideología o, en otras palabras, qué noción de ideología se manejará en las páginas que siguen.² Con objeto de establecer ciertas claves para una lectura ideológica del texto literario, se parte aquí de la noción de “inconsciente ideológico” del marxista español Juan Carlos Rodríguez, para quien, *grosso modo*, todos los discursos —entre ellos, el literario— son ideológicos por cuanto están atravesados por el inconsciente ideológico dominante de su momento de producción. Desde esta perspectiva, cualquier pretensión de inocencia, objetividad o neutralidad del relato literario se desvanece: la ideología aflora como síntoma en lo dicho y en lo no dicho, pero también en la forma de decir y de callar.

Este texto persigue establecer con la mayor claridad posible algunos puntos de apoyo básicos para el análisis del nivel ideológico de las obras literarias. Su división es tradicional: de un lado, las herramientas teóricas, del otro, su aplicación. Esto es: el primer apartado del presente capítulo está dedicado a las relaciones entre ideología y literatura, prestando atención al ya citado concepto de Rodríguez, en tanto que el segundo pone en práctica el aparato teórico a través de un análisis ideológico muy breve de la novela *La seca* (2024) de Txani Rodríguez. El resultado es una suerte de guía rápida, para nada exhaustiva, del modo de aproximación a la radical historicidad de la literatura a través del inconsciente ideológico capitalista y de su forma histórica de individualidad.

² Lo ideal sería retornar a los orígenes históricos del término y clarificar su interpretación tanto en su vertiente epistemológica como política. Las dimensiones del presente texto, no obstante, impiden la tarea, por lo que se señalará que pensadores marxistas como Lenin, Williams, Althusser o Balibar (por no hablar del propio Marx) son pilares de la concepción tradicional y moderna de la categoría de ideología, a pesar de no ser la teoría social marxista donde esta se origina. A este respecto se recomienda atender al capítulo segundo del ya citado *Ideología. Una introducción* (1991, pp. 93-126), así como al capítulo decimocuarto del texto de Jameson *Valencias de la dialéctica* (2013, pp. 259-414), al punto cuarto del primer capítulo de *Marxismo y literatura* (Williams, 1977, pp. 71-89) y a la introducción de Becerra Mayor a *La novela de la no-ideología* (2013, pp. 9-41).

Ideología y literatura (o el inconsciente ideológico del texto)

Atender a la noción de “inconsciente ideológico” de Juan Carlos Rodríguez implica asentarse en unas coordenadas específicas: en la intersección althusseriana entre marxismo y psicoanálisis. La ideología ya no es la falsa conciencia que enmascara la relación real del individuo con sus condiciones materiales de existencia ni un ideario elaborado e introducido por ideólogos en el plano consciente de los individuos. La ideología es algo que opera en el plano del inconsciente, y lo hace para legitimar unas relaciones sociales dadas.³ Esa es su función, mientras que su origen es el modo de producción de una formación histórica concreta.

Rodríguez habla de “inconsciente ideológico”, en lugar de “ideología”, para mostrar cómo esta atraviesa y configura el inconsciente. No es tanto que la ideología sea inconsciente, sino que el inconsciente es ideológico (y, con él, nosotros mismos).⁴ La distinción que establece el español entre el “yo” y el “yo-soy” ayuda a entender esto último. El “yo” —realidad trans-histórica— está compuesto por distintas pulsiones sin configurar (de hambre, de sexo, de supervivencia...), una suerte de vacío que llena la ideología dominante de una época histórica concreta (Rodríguez, 2016, p. 167). Se llama “yo-soy”, entonces, al “yo” relleno ideológicamente o, dicho de otra manera, a las pulsiones configuradas por la ideología que emana del sistema de producción de cada situación histórica. Nuestro registro psíquico es, así pues, histórico, por cuanto está configurado ideológicamente (y la ideología,

³ “Si la ideología es el inconsciente propio de unas relaciones sociales se trata de un inconsciente que luego se tematiza en discursos objetivos o en prácticas vitales de comportamiento y que así, tematizado, regresa a las relaciones sociales para legitimarlas” (Rodríguez, 2022, p. 19).

⁴ Althusser habla de “ideología inconsciente” en tanto que Rodríguez apela a un “inconsciente ideológico”. El cambio es significativo, porque el desplazamiento del término “inconsciente” desde la posición adjetival a la sustantiva supone “un zoom [...] sobre la manera en que [la] ideología conforma la psique del sujeto y, por consiguiente, también de una colectividad” (Giordano, 2018, p. 120). Es decir, se trata de un cambio desde una ideología inconsciente que hace que los sujetos actúen de una forma determinada *sin saberlo* (inconscientemente), hacia un inconsciente ideológico que supone nada más y nada menos que la construcción o conformación del sujeto.

de nuevo, emerge de un sistema de producción concreto, luego histórico), así que el “yo-soy” no es sino una forma histórica de individualidad. Cuando decimos “yo”, lo que se está diciendo en realidad es “yo-soy” aquí y ahora.

El inconsciente ideológico es “el diagrama que nos pigmenta la piel, desde el que surge todo (del beso al vestido) y que determina todas nuestras acciones” (Rodríguez, 2002, pp. 37-38). La ideología lo abarca todo —va “del beso al vestido”—; no hay un afuera ni grado cero; somos nosotros, la ideología nos conforma. Ni hablamos, ni pensamos, ni escribimos, ni miramos en/desde el vacío, sino en/desde un lleno, que es el de nuestra configuración ideológica, el del inconsciente ideológico que configura nuestras pulsiones y que nos empuja a identificarnos con la imagen que de nosotros mismos refleja el espejo que el capitalismo nos coloca delante. ¿Cuál es esa imagen con la que nos identificamos? (¿cuál es nuestra construcción como “yo-soy”, la forma histórica de nuestra individualidad?). Una construcción basada en la libertad capitalista.

El capitalismo necesita dos condiciones para funcionar: la primera, liberar de su sujeción al siervo, es decir, convertirlo en sujeto libre, pero no solo libre para acudir al mercado y actuar acorde con sus deseos o intereses (y no con los de Dios o su señor feudal), sino “*libre de todo*, o sea, carente de todo” a excepción de su fuerza de trabajo (de su vida), que intercambia por un salario tras la firma de un contrato (Rodríguez, 2022, p. 41).⁵ La segunda, que ese nuevo sujeto libre *se crea* de verdad su libertad y, como tal, participe en las relaciones de producción; esto es, creyendo que la firma del contrato es entre dos sujetos iguales (libres) y que está trabajando a cambio de dinero, en lugar de ser explotado al vender lo único que posee, su vida, que es su fuerza de trabajo. Ese convencimiento es fruto del inconsciente ideológico, en virtud del cual el individuo se concibe a sí mismo libre e igual, en vez de sujeto explotado o explotador desde el momento en el que es introducido en el modo de producción de la matriz histórica que lo produce. El sujeto es radicalmente histórico, porque sujeto es siempre el “sujeto libre” necesario para el funcionamiento del capitalismo y, por ello, producido por su ideología dominante. (Querer) decir “yo-soy” —y estamos programados ideológicamente para (querer) decirlo— es (querer) decir “yo-soy-libre”; yo soy (me concibo) un ente autónomo, particular, hecho a sí mismo, capaz de

⁵ Cursivas en el original a no ser que se indique lo contrario.

fijarse unos objetivos y de luchar por cumplirlos. Yo-soy-libre. ¿Qué ocurre? Que esta libertad del yo-soy es una libertad con doble filo: es real por cuanto no somos siervos, pero es imaginaria ante la realidad de la explotación capitalista. Rodríguez lo dice con mucha claridad: “el capitalismo tiene la habilidad de explotarnos diciéndonos que somos sujetos libres” (2016, p. 57). Y así es, porque el sistema produce al sujeto de tal modo que quiera decir “yo-soy” (proclamarse autónomo, pleno e individualizado), mientras en ese querer decir se reprime o desplaza lo real de la explotación, dándose como resultado la reproducción del sistema (me creo libre, luego la explotación es cuando menos una imagen en blanco y negro). De no encubrirse o desplazarse la explotación, el sujeto dejaría de reconocerse en la imagen *libre* que el capitalismo le proyecta de sí mismo y se rebelaría, deteniéndose la operación ideológica que garantiza la reproducción del sistema. Es en este último sentido en el que la libertad es imaginaria, pero que lo sea no implica que no exista, sino que solo son visibles sus efectos (la reproducción del sistema). El “yo-soy” es, por ende, en realidad un “yo-soy-explotado” y no podemos hablar desde otro lugar; es más, nos dice Rodríguez “no hay otro ‘lugar’ posible: aunque dudosamente se sea consciente de tal realidad” y, por ello, sea más bien “opaco y —casi— imposible hablar desde él, pensar desde él” (2013, p. 15).

El inconsciente ideológico actúa en el inconsciente de los sujetos invisibilizando la naturaleza real de las relaciones sociales (la explotación) y dando visibilidad únicamente a sus efectos: yo soy libre de decidir sobre mi vida y sobre mi futuro, y con esa libertad desplazo la realidad de —por ejemplo— unas condiciones materiales que me impiden llegar a fin de mes con dignidad. Si —otro ejemplo— mi vida no mejora y el desclasamiento hacia arriba no se produce, ¡yo soy libre!, así que la responsabilidad del fracaso es solo mía (no de la desigualdad fruto de un sistema de extracción feroz de plusvalía en beneficio de unos pocos).

Pareciera que no hay salida, ni una grieta en el muro. No es así: el inconsciente ideológico no es puro, tampoco liso ni homogéneo. Es rugoso, y en él viven, tensionadas, varias ideologías (una es la dominante).⁶ Hay, por lo

⁶ “La existencia de una geografía ideológica hegemónica no significa que todos sus mapas estén perfectamente delimitados y ordenados” (Rodríguez, 2002, p. 35).

tanto, contradicciones, instantes donde la realidad de la explotación se hace patente y el cuerpo nos duele; leves resquebrajamientos, fracturas que abren resquicios desde donde mirar para vernos de otra manera (explotados). Ahora bien, el cambio en la hegemonía ideológica no puede ocurrir sin el cambio previo del modo de producción: no habrá un inconsciente ideológico *otro* (sin explotación) si no hay un modo de producción a su vez *otro* del que emerja. Pero hay que comenzar por el principio o por lo pequeño, trazando lentamente el camino, porque las contradicciones entre el yo-libre y sus condiciones reales de existencia son múltiples, y porque, como constata Rodríguez que dijera Althusser, “para cambiar el mundo de base (y junto a otras muchas cosas) es preciso cambiar, de base, nuestra manera de pensar” (2013, p. 14). Por ahora, empecemos cambiando nuestra manera de leer.

Los textos literarios están atravesados por el inconsciente ideológico del momento histórico en el que se producen, por eso puede decirse que la escritura capitalista es la plasmación del intento de decir “yo-soy” de quien escribe. En el texto literario no hay una subjetividad “desnuda o vacía” que, haciendo uso de un lenguaje propio, se expresa libremente en la página, “sino que se escribe desde un lleno ideológico del que no somos conscientes en absoluto o del que sólo lo somos hasta cierto punto” (2016, p. 203). La literatura, como cualquier otro discurso, no es inocente, ¡simplemente no puede serlo!, porque es ideológica, y en cuanto que tal, opera como la ideología; esto es, como máquina de reproducción/legitimación del sistema.

Pero que la literatura sea una máquina ideológica no significa que (1) el autor o la autora sea un genio maligno que conscientemente crea un universo de ficción para mistificar nuestra relación con la realidad (la reproducción ideológica como efecto de lectura opera en el plano inconsciente), ni que (2) la literatura contrahegemónica sea imposible (el inconsciente ideológico no es puro).⁷ Sintetizando al extremo: como toda ficción, las novelas tienen la capacidad de crear mundos diegéticos (sociedades) que celebren o discutan (toleren o problematicen) la visión dominante de la realidad. En este sentido, hay textos de consenso y textos que instauran el disenso; textos aproblemáticos y suturadores (relatos que desplazan las contradicciones radicales del sistema), y textos que intentar hurgar en lo opacado del relato

⁷ Léase a este respecto Ayete Gil, M. (2023). *Ideología, poder y cuerpo*.

oficial, en lo silenciado del discurso. Todos los relatos reproducen ideología, pero hay algunos que pugnan por separarse, en lo posible, de la dominante. Leer ideológicamente un texto literario implica atender a lo que el texto dice y a cómo lo dice, pero también (y, a menudo, sobre todo) a lo que no dice, a lo que por omisión esconde. La simplificación es fuerte, pero baste decir que la literatura mayoritaria forma parte del primer grupo, o de lo que David Becerra Mayor (2013) ha denominado “novela de la no-ideología”, textos donde cualquier forma de cuestionamiento directo del sistema se ha borrado para presentar mundos aconflitivos (o de conflictos privatizados) en los que, desaparecidas las contradicciones radicales, ocupan su lugar otras conciliables con la ideología hegemónica.

La seca, de Txani Rodríguez, es un ejemplo de este tipo de literatura, y el apartado que sigue defiende la afirmación anterior a través del análisis del nivel ideológico del relato.

El cómo: un ejemplo

Tres trazos argumentales, para comenzar: Nuria y su madre, Matilde, viajan desde Llodio al pueblo familiar, en la serranía de Ronda, cerca del Parque natural de Los Alcornocales, para pasar el verano. Allí llegan también Milo, un amigo de Llodio, y su padre.

A pesar de los paratextos que componen la contracubierta de la novela, *La seca* no es tanto un relato sobre un medio rural en crisis ni sobre la problemática entre oriundos y forasteros: es un relato sobre el *yo*. El hábitat rural aparece, sí, pero casi como decorado, puesto que sus problemáticas ni conducen la trama ni se colocan en el centro de la narración. Nos encontramos ante un relato sobre el *yo*, un *yo* —el de Nuria— que vive la tragedia de la incapacidad de decir “yo-soy” (de proclamarse autónomo y plenamente individualizado). Nuria es un *otro* frustrado por el fracaso, y es el *otro* por cuanto es perdedor en la batalla social entre sujetos *libres* que pugnan para constituirse como individualidades plenamente configuradas. Por eso vive en la inestabilidad: angustiada, con ansiedad, amargada; esa es la respuesta del *yo* ante lo que desearía ser y no es (porque no puede o porque no le dejan). Por eso está radicalmente sola, y la soledad es el

gran fracaso, la prueba irrefutable de la debilidad en el mercado erótico capitalista de las relaciones sociales.

En el pueblo andaluz donde se ubica la trama hay muchos alcornocales e individuos que se dedican a la extracción de la corcha; un río en el que aparecen unas excavadoras; plantaciones de aguacates; turistas y sequía. Estos elementos aparecen, están ahí, pero su posición es secundaria. Los descorchadores de *La seca* son “pájaros gigantes” con capacidad de trepar por los árboles armados con un hacha; una imagen, la de estos hombres, “poderosa y antigua” (pp. 30, 32), sin duda, fruto de un cuerpo y de un conocimiento admirables. El problema de esta imagen es su mitificación y el subsecuente proceso de desmaterialización de la actividad laboral, porque el trabajo como tal (el trabajo *en sí*, con sus condiciones materiales y físicas, con sus cicatrices y su precariedad) está ausente. La dureza de la vida en el campo se barre, aquí, en pos de la construcción de una estampa romantizada de un sector, en realidad, en vías de desaparición no solo debido al cambio climático, sino también a la falta de mano de obra especializada, aunque la novela apenas apunte en esta dirección.⁸ En cuanto al río, el sitio preferido de la protagonista desde pequeña es un enclave que aún conserva su encanto: “el agua clara, la vegetación frondosa (...), las montañas en segundo plano, el rumor de las hojas, el olor a tierra” (2024, p. 33). El paisaje, no obstante, se ve pronto trastocado por unas máquinas que talan árboles y remueven la tierra. Las razones de las obras en el río nunca se aclaran, quedando así irresueltas: el relato desplaza las causas para narrar únicamente las consecuencias. Nuria es un personaje sin agencia: una veraneante en el fondo solamente preocupada por que el paisaje se mantenga tal como se mantiene en su memoria. Lo mismo ocurre con las plantaciones de aguacates que se multiplican en los alrededores del pueblo. Los aguacates necesitan grandes cantidades de agua, por lo que su plantación en tierras afectadas por la sequía es problemática. Ahora bien, la novela, en lugar de indagar en dicha problemática —compleja, como poco—, le dedica un espacio anecdótico a la cuestión: un diálogo entre Nuria y Montero, propietario de los aguacates, basado en un mero intercambio de opiniones al respecto (no exento de la superioridad moral de la forastera).

⁸ Véase el filme *Suro* (Gurrea, 2022) y compruébense las diferencias en el tratamiento de la cuestión.

Sostiene Becerra Mayor que “cuando no hay nada contra lo que luchar allá fuera (...), cuando el mundo exterior es concebido como perfecto y acabado, toda problemática no puede sino localizarse en el *interior* del sujeto” (2013, p. 44). *La seca* es un texto interesantísimo en este sentido, y lo es porque demuestra que sí hay cosas que contar (el cambio climático y sus efectos tanto en la fauna como en el modo de vida del trabajador rural; las contradicciones entre el discurso ecológico, las acciones llevadas a cabo por las instituciones públicas y la precariedad de la vida en el campo, o entre la turistificación de los pueblos y la necesidad del dinero foráneo), pero apenas las enuncia. Y por eso es un ejemplo excelente de texto de transición: en él asoman los síntomas del cambio (la aparición de esos elementos problemáticos), pero su articulación interna —el inconsciente ideológico del texto— desplaza enseguida las contradicciones que su textualización supone para sustituirlas por otras más fácilmente armonizables por la ideología (los problemas del *yo*-Nuria). Estas cuestiones contra las que sí habría que luchar se tratan, así pues, de manera superficial, desactivándose la potencia política de la novela, pues en ella nada se articula social o políticamente. Aquí, la problemática desplegada no se deriva desde el exterior hacia el interior del *yo*, sino que se ubica desde el inicio en su interior, lo cual es sorprendente, dado que la novela sí capta las turbulencias ideológicas del presente, anunciando con ellas tal vez una lógica cultural en proceso de cambio: las contradicciones son tan evidentes ya —la crisis ecosocial— que incluso el discurso literario dominante tiene dificultades para saturarlas, por eso aparecen como síntomas de lo real en el relato.

La seca trata de Nuria, una mujer de mediana edad con problemas de sociabilidad —sin pareja ni amigos—, ataques de ansiedad y exhausta tras meses de cuidados a la madre. La relación entre ambas mujeres es conflictiva: hay una dependencia de la hija hacia la madre, pero no es tanto que Nuria luche por individualizarse —por decir “yo-soy”— y una madre represiva y autoritaria se lo impida, es que Nuria vive entre el impulso inconsciente hacia la deseada enunciación del “yo-soy” (independizarse, afianzarse, competir) y la comodidad del saberse reverso del triunfador (el trauma fruto de la marginación sufrida por los amigos, la excusa de la madre para no enfrentarse al reflejo en el espejo: la derrota). La radical incomodidad que surge del choque entre ambos extremos se traduce en inestabilidad psico-

lógica, de ahí unos vínculos afectivos siempre problemáticos para el sujeto protagonista. Nuria es un personaje sin identidad trazada, incapacitada para constituirse como individualidad triunfante, y ese es el conflicto central de *La seca*: un conflicto del *yo* y su imposibilidad de decir “yo-soy-libre”.

Si la articulación interna del relato está basada en el desplazamiento permanente de toda forma de conflicto social y político en favor de otros conflictos de corte interior, referentes al *yo*, el conflicto planteado solo puede interpretarse de manera intimista/psicologista. Las páginas finales de la novela dan la clave: Nuria emprende el camino de vuelta a Euskadi junto con sus tres acompañantes (Matilde, Milo y el padre de este), y allí, en el coche, se resuelven repentinamente sus problemas (incluso los del campo, porque empieza a llover). Tras recibir la noticia de que Montero —amante veraniego de la protagonista, descorchador, dueño de una plantación de aguacates y asesino del gato de Matilde— ha tenido un accidente con su hacha y jamás volverá a trabajar en las corcheras, Nuria comprende “con la rotundidad de las revelaciones” (2024, p. 269), que su liberación —su constitución como “yo-soy-libre”— pasa por dejar a Matilde rehacer su vida. En tanto en cuanto los conflictos planteados en el texto están desvinculados de cualquier realidad objetiva o material, desplazando de la ecuación contradicciones radicales (precariedad, desigualdad, explotación), su explicación solo puede debilitar la conflictividad que produce el texto: el personaje resuelve su situación personal y se resarce —por decirlo de alguna manera— de las problemáticas del pueblo tan pronto como se aleja de él. La desactivación política es evidente.

Conclusión

Como la novela dominante del capitalismo avanzado de Becerra Mayor, *La seca* es un texto que borra contradicciones radicales y las sustituye por otras de más fácil digestión. En busca de la enunciación de su *yo-soy*, los conflictos presentados se articulan en el interior del sujeto (el *nosotros* no existe, por eso Nuria es un *yo* solo e inadaptado, incapaz de una comunicación eficiente con el otro) y, desaparecido lo social y político del horizonte, sus causas/resoluciones solo pueden ser morales o intimistas. Y (querer)

decir “yo-soy-libre” supone desplazar lo real de la explotación (en todas sus facetas, también la medioambiental).

La desproblematización de la crisis ecosocial, apartada en beneficio de la formación de conflictos del *yo* por encima de los colectivos, puede dar pie a que el lector del relato minimice su importancia, cuando no infiera la imposibilidad de la acción. Y no es solo que la novela barra bajo la alfombra la conflictividad del presente climático, sino que, en un plano más evidente, Nuria es un personaje radicalmente *inagente*, y la parálisis es siempre cómplice (además de cómoda). En el exterior, apenas nada, en realidad, aunque ahí estén los descorchadores, el río y la sequía como síntomas textuales de lo real desplazado por un inconsciente ideológico con problemas para suturar las grietas de una crisis ecosocial ineludible. No hay discusión con el presente: los problemas radicales quedan soterrados por el inconsciente ideológico o, lo que es lo mismo, por la ideología dominante actuando a través del aparato de reproducción literario.

Referencias

- Ayete Gil, M. (2023). *Ideología, poder y cuerpo: la novela política contemporánea*. Bellaterra Edicions.
- Becerra Mayor, D. (2013). *La novela de la no-ideología. Introducción a la producción literaria del capitalismo avanzado en España*. Tierradenadie.
- Eagleton, T. (1991). *Ideología. Una introducción*. Paidós.
- Giordano, C. (2018). La teoría del inconsciente ideológico de Juan Carlos Rodríguez: una línea de fuga entre marxismo, psicoanálisis y estudios literarios. *Romanica Oломucensia*, 30(1), 111-124. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6736567.pdf>
- Jameson, F. (2013). *Valencias de la dialéctica*. Eterna Cadencia.
- Rodríguez, T. (2024). *La seca*. Seix Barral.
- Rodríguez, J. C. (2022). *Freud: la escritura, la literatura (inconsciente ideológico e inconsciente libidinal)*. Akal.
- . (2016). *Pensar la literatura. Entrevistas y bibliografía (1961-2016)*. Los libros imposibles.
- . (2013). *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*. Akal.
- . (2002). *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*. Comares.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Ediciones Península.